

LOS GRANDES Y ORIENTE MEDIO

Se dice que las conversaciones de los «Cuatro Grandes» acerca del conflicto de Oriente Medio se sanean, dormitan estúpidamente, en tanto que la guerra se hace más patente, más cruel y más extensa en el área de los combates. En realidad, esas negociaciones tienen menos nobleza que la de la simple estupidez, la impotencia o la ineficacia. Lo que se negocia es el planteamiento de los términos del conflicto entre esas mismas cuatro potencias sobre la lucha entre árabes e israelíes: los beneficios económicos, o estratégicos, o políticos que cada una puede obtener sin llegar a un enfrentamiento agudo con las otras. Las fases del conflicto se han desarrollado históricamente, de forma que las grandes potencias están menos implicadas directamente en la cuestión, al mismo tiempo que para los dos protagonistas directos la confrontación aumenta en proporciones y gravedad. En la crisis del Líbano de 1958 hubo un desembarco americano armado y una presión soviética consiguiente, con amenaza directa, hasta que las tropas de Estados Unidos se retiraron. La «crisis de Suez» había provocado ya una intervención armada anglofrancesa en 1956, una amenaza soviética de utilizar sus cohetes atómicos, una alarma mundial y una intervención de Estados Unidos forzando a sus aliados a retirarse. La llamada guerra de los Seis Días —que, en realidad, no ha cesado desde junio de 1967— provocó un nuevo estado de alarma mundial y el enfrentamiento de las flotas soviética y de Estados Unidos en el Mediterráneo. Hoy la acción de las cuatro potencias parece estar reglamentada o estatuida —implícitamente—, de forma que no corren riesgos mutuos. Por una parte, es positivo que el conflicto parezca localizado y no presente el riesgo de una conflagración mundial. Por otra, la situación parece dotada de una mayor inmundicia. Localizado el peligro, aseguradas mutuamente, las potencias implicadas y ajenas no parecen tener interés ahora en que se acabe la guerra. Por el contrario, su intervención crece. Como crecen

las apuestas en un combate de boxeo reñido y apasionante. Los intereses se cruzan desde fuera del ring; quienes apuestan azuzan a los combatientes. Pero los que sangran son los boxeadores. Acabamos de presenciar el final de la terrible guerra Nigeria-Biafra, que ha tenido más o menos características. La intención del presidente Nixon, al tratar de «vietnamizar» la guerra en la península indochina, viene a ser aproximadamente la misma. Se intenta dejar solos a los gladiadores, mientras los césares contemplan, discuten y apuestan. Puede ser que en el caso vietnamita sea ya demasiado tarde, y que el error de comprometerse directamente en el combate, en lugar de provocarlo y dirigirlo a distancia, sea ya irreparable. En el caso de Oriente Medio parece que se está aún a tiempo.

Tras el bombardeo de los arrabales de El Cairo —que los apostantes han condenado como golpe bajo, de la misma forma que condenaron la guerra por hambre en Biafra, pero sin que la irregularidad haga modificar el sentido de sus apuestas—, la guerra entra en una fase espectacular: la fase aérea. Los «Phantom» suministrados por Estados Unidos a Israel permiten esta clase de acciones, que se van multiplicando. Son aptos para las incursiones en profundidad y pueden llevar bombas pesadas. Su acción está acompañada por unas estaciones anti-radar, proporcionadas también por los Estados Unidos a Israel, que dejan en blanco las pantallas, y por lo tanto impiden la preparación para la defensa y la evacuación de las zonas amenazadas. En cambio, la URSS no ha facilitado a la RAU más que «Mig-17» y «Mig-21»: son aviones de corto radio de acción y no permiten la acción de represalia. Una disputa de filosofía militar aparece aquí ya: la de las armas «ofensivas» y las armas «defensivas». Los «Phantom» son ofensivos, los «Migs» defensivos. ¿Han violado los Estados Unidos las reglas del juego? La contrapartida puede estar en la prestación soviética de otro modelo del «Mig», el «23», con mayor radio de acción. Hasta ahora, la URSS no ha vendido ningún modelo de ese avión al extranjero. Es posible que se los dé a Egipto. Pero no hay en el mundo árabe pilotos capaces de volarlos. Tendrían que ser acompañados de su dotación para el vuelo y

Tras el bombardeo de los arrabales de El Cairo, la guerra entra en una fase espectacular: la fase aérea. Una de las preocupaciones de las grandes potencias es el evitar que esta fase vaya a más...



para la infraestructura. Esta presencia de aviones soviéticos, ¿sería otra violación a las reglas del juego? Parece posible que se pasara por alto estas violaciones si, en cambio, se pudiera asistir a este encuentro de aviones, a su lucha contra los radares, entre sí y, más tarde, contra los mutuos cohetes suelo-aire. Mientras tanto, aparece el «Mirage». Los técnicos militares lo consideran como el mejor avión del mundo. Francia se los vendió a Israel, y se dice que aquellos aviones fueron los que le hicieron ganar la guerra de los Siete Días. Posteriormente, embargó las nuevas ventas y, en cambio, se los facilitó a Libia. ¿Entrarán en la batalla junto al mundo árabe? ¿Qué papel harán entre los «Phantom» y los «Mig»? Muchas ventas dependen de esta competición. Cuando se sabe que el precio de un «Phantom F-4» es de tres millones de dólares —210 millones de pesetas— y que «colocar» un avión supone poder vender cientos de ejemplares, se advierte la importancia de este mercado. El «Mirage» es notablemente más barato. Se vende a unos cien millones de pesetas ejemplar, y las fábricas Dassault tienen encargos en este momento para unos 500 aviones: es decir, por unos 50.000 millones de pesetas. El «Mig» soviético es más barato todavía, y la URSS lo vende, incluso, a precio más barato que el de costo. Sin embargo, la facilidad con que el «Phantom» ha matado setenta personas en el interior de la RAU puede hacer pensar a los posibles compradores que, aunque más caro, es más rentable.

Sin embargo, una de las preocupaciones esenciales de las grandes potencias es la de evitar que esta nueva fase de la guerra vaya a más. Como en el Vietnam, la confrontación militar se desarrolla en dos planos que parecen ajenos el uno al otro. Por una parte, las armas «sophisticadas» de la aviación moderna, con su aspecto de grandes maniobras reales. Por otra, las guerrillas en zonas medievales, en zonas feudales. Israel intenta elevar la guerra al nivel de la técnica militar profesional. Se siente más segura y más fuerte. Los países árabes están en el dilema de tener que sostener la guerra de guerrillas y evitar el enfrentamiento técnico, con el riesgo de que las guerrillas se constituyan en fuerzas por sí mismas y amenacen con su revolucionarismo total los regímenes establecidos. En intento de Hussein de Jordania de desarmar a los guerrilleros —continuando lo que ya emprendió el Líbano—, aprovechando la ausencia de Arafat —de visita en Moscú—, obedece a esta angustia. Pero, al mismo tiempo, la guerra técnica de Israel fortalece las guerrillas y la resistencia. Como consecuencia del bombardeo de El Cairo, Hussein ha tenido que suspender su operación antiguerrilla, y el régimen de Nasser se ha fortalecido en lugar de ser debilitado. Al mismo tiempo, su acción ha sido mal vista por la opinión pública mundial. Ha perdido espectadores. Esto es, que si Israel es más fuerte en las armas modernas y técnicas está obligada a limitarse en su empleo por los efectos laterales que pueden causar, y si los países árabes son más fuertes en la guerra de guerrillas tampoco pueden fortalecerla absolutamente. Parece que las guerras actuales se están desarrollando de esta forma: ninguno de los contendientes puede emplear la totalidad de sus fuerzas. El caso de Estados Unidos, que está perdiendo en el Vietnam una guerra que podría ganar si emplease toda la fuerza militar que dispone, pero que no puede emplear por temor a los efectos colaterales, no resulta único. En el microcosmos de Oriente Medio se desarrolla una dialéctica parecida.

Las potencias dominantes no tienen ningún interés en que este equilibrio o esta dialéctica político-militar se rompa. La idea de que la guerra de Oriente Medio pudiera terminar con un vencedor y un vencido no es coherente con sus políticas. No se ha encontrado fórmula de pacto, y probablemente no la hay, que no produzca un sentimiento de frustración en los dos contendientes. Es falso considerar la idea propagandística de que Israel está combatiendo exclusivamente por su supervivencia. Israel ha ampliado ya su territorio en esta guerra y desea ampliarlo aún más. Pretende no sólo más territorios, sino más predominio económico en Oriente Medio. Pretende ser el país rector de aquella zona. Es igualmente falso creer que los árabes están dispuestos a respetar la existencia de Israel como nación. La consideran usurpadora del territorio que ocupa, culpable de genocidio. La idea de Arafat, de que Palestina —una vez borrado Israel— sería un estado multi-racial, es, por lo menos, utópica. Pero es falso también hablar de los árabes como de una unidad, y de Israel como el único objetivo de su lucha. Israel ha venido a ser el símbolo de la grave situación vital de millones de árabes, como las potencias coloniales lo fueron para los países ocupados en África. La salida de las naciones coloniales no ha mejorado, en la mayoría de los casos, a los países salidos de la colonización; como el exterminio de Israel, si fuese posible, no mejoraría las condiciones de vida de los pueblos árabes. Sin embargo, las grandes potencias desean sostener estas falsedades. Son las bases de la guerra.

Francia

LA REPUBLICA DE LOS "MANAGERS"

Son muchas las piezas que hay en la construcción política que nos presenta Jean-Jacques Servan-Schreiber. Todas ellas brillantemente esclarecidas y hábilmente manejadas. Sería fácil perderse en este laberinto si no hubiese un hilo conductor: la reforma radical tiene por objeto esencial la ampliación y renovación de la «clase dirigente» francesa.

Esta clase se ve cada vez más contestada. Le bastaría, sin embargo, nos dice Servan-Schreiber, «salir de sus viejos marcos, renovar sus métodos de reclutamiento, renunciar a su conservadurismo», para poder aprovechar tantas «ocasiones que el capitalismo internacional le está obligando a perder continuamente».

Esto supone, según él:

1. Que se refuerce la posición de

sistema que «impide el indispensable crecimiento en número del grupo dirigente».

Jean-Jacques Servan-Schreiber no acepta en absoluto la idea, tradicionalmente admitida por un gran sector de la izquierda, de que la actual «clase dirigente» habrá de ceder el poder a otra clase, en este caso la de los trabajadores asalariados. No considera nada verosímil la hipótesis de una autogestión de las empresas. «¿Cómo pretender —escribe— que el personal esté capacitado para juzgar los problemas extremadamente técnicos y complejos que se les plantean a los dirigentes?». Del socialismo no conserva más que una fórmula general: «construir el mundo de los hombres fuera de las leyes de la fatalidad económica». Pero



Jean-Jacques Servan-Schreiber, en busca de una nueva clase dirigente.

los «managers», que deberían ser capaces de ejercer, en cada empresa, una especie de arbitraje entre el «poder patronal» y el poder sindical.

2. Que se conceda una igualdad de oportunidades a los hijos de los obreros y campesinos (en especial gracias a los servicios pedagógicos que deberían hacerse cargo de los niños desde la edad de dos años).

3. Que un aumento sensible de los derechos de sucesión provoque cierta distribución de las acciones en el mercado financiero.

4. Por último, que se abandone el sistema de las grandes escuelas y de los grandes cuerpos estatales,

desnaturaliza seguidamente el sentido de esta frase añadiendo que hay que dejar que el mundo evolucione según las leyes del mercado capitalista, es decir, según las leyes que expresan precisamente desde hace siglo y medio la «fatalidad» económica.

En realidad, Jean-Jacques Servan-Schreiber confía, sobre todo, en los «managers», cuyo papel es, y hay que admitirlo, cada vez más importante. Tanto en los países capitalistas como en los socialistas.

LA MISMA EXPANSION.—Nadie duda que estos «managers» puedan,